

Los lunes siempre me han dado una pereza considerable y no porque haya abandonado la rutina. Mis días se repiten con una precisión casi titánica y si alguien quisiera sobresaltarme lo tendría facilísimo a cualquier hora del día, idéntica casi al anterior.

El camión había llegado puntual a la Oficina de Correos, con el volumen propio de la época invernal. Nos apostamos en nuestros casilleros para ordenar por calles y números las cartas antes de salir con los carritos. Cuando ya casi había terminado mi tarea, me encontré una carta muy inusual que provocó la rotura de mi rutina al menos para el resto de la semana.

Se trataba de una postal con una breve nota “Tus amigas no te olvidan” y dirigida a Marlene Giesbert, Avenida Circular, pasillo décimo tercero, Calle Nona, nicho doscientos cuarenta y siete, Altura segunda, sito en el cementerio del Père-Lachaise situado en el centro de Paris, y más concretamente, en mi área de reparto.

Durante un rato me quedé pegada al asiento sin saber qué hacer. ¿Dejar la carta sin entregar? ¿Olvidarme de esa absurda broma del destino? ¿Indagar en la historia de la ilustre destinataria y de sus remitentes?

-¡Pero chica, despierta de una vez, que pareces estar en babia! – me apremió la Jefa de sección. Ni que fuera lunes.

Por encima de mi hombro descubrió el objeto de mis desvelos. Una imagen de la Torre de Maintower de Frankfurt desde la que se podía admirar toda la ciudad y en la que había estado durante las vacaciones navideñas captó su atención.

-Ya te llegará el turno de descanso para que puedas ir a visitarla. Ahora a trabajar, así que apresúrate, que ya vamos con retraso.

Estaban próximas las elecciones presidenciales en su segunda ronda, la semana anterior había sido la fiesta nacional y algunos distritos se habían sumado a una huelga reivindicativa para exigir un aumento de la plantilla para poder llevar a cabo el trabajo con

mayor eficiencia, por lo que en nuestra Oficina notamos una sobresaturación. Mis compañeros tenían prisa por echarse a la calle pues cuanto más tarde empezaran el reparto, más tarde terminarían de entregar la última carta antes de terminar la jornada.

Ese lunes ni siquiera pude tomar el café rutinario con Elisabeth, ni tampoco Catherine me habló de la competición del fin de semana con los arcos y las flechas. Yo no pude contar que había terminado de leer una novela fantástica que les recomendaba encarecidamente “La mujer del teniente francés” de John Fowles. A las diez tampoco pasé por la Plaza de la Concordia, ni estaba el quiosco de Françoise abierto, ni escuché el organillo de Pierre en los Campos Elíseos. Cuando pasé por la avenida eché en falta al retratista que captaba en sus lienzos desde una chispa de tristeza hasta la más sutil sonrisa que arrugara discretamente la comisura de los labios.

Hacia la hora del almuerzo todavía me quedaban varias calles por repartir y a mi carro le faltaba casi un tercio por entregar. Si las saetas del reloj no se habían averiado, mi rutina llevaba media hora de retraso. Quizá por eso no encontraba nada en su lugar. Sin embargo no podía obviar una inquietud creciente en mi estado de ánimo. Los nervios me mordían por dentro obligándome a parar con más frecuencia para enmendar los errores. Mi cerebro procesaba más lento la información. Incluso las piernas parecían haberse vuelto de hormigón y avanzaban más despacio.

-¿Quiere un cafecito? ¿Con leche? ¿Expreso? –gritaba Monsieur Jacques empujando un carrito que en verano le servía para vender helados y en invierno lo transformaba en cafetería ambulante.

Aunque estaba caliente, lo apuré casi de un trago sin siquiera remover el azúcar. Quizá mitigara esa sensación de zozobra que me había provocado esa postal remitida al camposanto. Recordé a mi madre recién fallecida no hacía muchos meses y la acidez inundó mi boca, como culpándome por no haber ido a visitarla. ¿Cómo explicar que me faltaba valor y que todavía no estaba preparada para una despedida definitiva?

Al meter la mano en el carrito noté que ya prácticamente no tropezaba con ningún fajo anudado con gomas de plástico. Solitaria y abandonada, quedaba la postal. Marlene Giesbert según mis corto entendimiento de lenguas y genealogías, era apellido alemán. ¿Qué hacían sus restos descansando en suelo francés? ¿Habría corrido por sus venas sangre judía y había regresado para reposar junto a sus antepasados?

Fiché algo más tarde de la hora habitual y guardé en mi bolso la postal. Para entonces ya tenía la firme determinación de llevarla a su destino.

Como mi rutina de lunes no podía ser más caótica ese lunes, tomé un almuerzo frugal en una cafetería de la Avenida desde cuya ventana, entre bocado y bocado, contemplé las prisas de los viandantes preguntándome si también tendrían una historia tan insólita escondida en sus refajos.

Noté que un cierto romanticismo despertaba en mi interior y antes de tomar el autobús para llegar a mi destino, paré en la floristería que estaba cerca del café Floré para comprar cuatro rosas rojas con las que culminar la entrega de la misiva. Faltaban casi diez minutos para la hora en punto del sesenta y nueve entre el Boulevard y Sant Dennis con los nervios desatados y una emoción que, días atrás creía me había abandonado por completo, pero que allí estaba, haciéndome cosquillas por mi interior.

Con el cuello levantado, la bufanda anudada al cuello y el ramo, bajé en la parada Roquette - Père Lachaise dispuesta a culminar la faena. En la entrada aguardé un rato hasta que tomé conciencia de la distribución de las calles tras estudiar un plano que me pareció complejísimo. Tomé una de las avenidas y dejé a diestro y siniestro la tumba de Édith Piaf, la de Molière, el muro de los Federados en homenaje a los muertos en la Comuna de Paris.

Esperaba encontrar un nicho abandonado, sin más referencia que el simple nombre grabado sobre la piedra, sin visitas que abrillantaran el mármol con agua tibia y jabón neutro, por eso pasé de largo al ver a un caballero vestido con levita oscura, sombrero hongo y bastón platicando en voz queda, como para guardar secretos. Regresé sobre mis pasos comprobando

la numeración. No había duda. Marlene Giesbert, mi destinataria, esa tarde de lunes no estaba sola.

Por un instante me sentí ridícula con un ramo de rosas rojas y sin jarrón para meterlas dentro y con una tarjeta postal remitida desde Alemania.

-Oh, recuerda usted el aniversario –me dijo el caballero estrechándome entre sus brazos como si me conociera de toda la vida. Usted debe ser Veronyka, una de sus cuatro inseparables amigas alemanas. Me habló largamente de ustedes hacia el final de sus días. Tonterías de hombre viejo, esperaba encontrarlas alguna vez aquí pues dicen que la amistad incondicional traspasa incluso la muerte y salva las distancias. Debe venir usted a casa. Le enseñaré los álbumes de fotos, de cuando era cría. Sé que le encantará recordarla conmigo. ¿Qué tal están Lieselotte, Hilda y Saskia? ¿No se animaron a venir con usted? Pero qué tonto soy. Debe querer colocar sus flores y el plástico de las mías no necesita agua. Tenga, tenga usted. Voy a dejarle a solas unos instantes, que seguro tienen mucho que contarse de la época del *Führer*. ¿Sigue cocinando ese Rheinischer Sauerbraten tan rico? Si piensa quedarse algunos días no puede negarse. Ahora que Marlene no está no he vuelto a probarlo y a usted seguro que le salía casi tan bien como a ella pues en la cocina del *Führer* no admitían a cualquiera.

Quise protestar pero noté un gran nudo en mi garganta. ¿Acaso podía cercenar de cuajo la ilusión de un nonagenario? Parecía tan emocionado al verme delante de la tumba de Marlene, con las flores y precisamente en una fecha que debía significar algo para todos los conocidos que no pude por menos que callar. También me impulsó la curiosidad. Deseaba completar alguna de las piezas del puzle pues era muy inusual enviar una misiva a un camposanto desde un país extranjero y tener la prudencia de poner las señas de reenvío en caso de no llevar a cabo el cometido.

En mi libreta de notas llevaba anotada esa dirección de Hilda. ¿Hilda Kruger, la espía alemana que no se sabía si vivía todavía?

Ese lunes no regresé a mi apartamento para descansar. El caballero de la levita negra me preparó una cama en la habitación de invitados y platicamos durante toda la noche. Me habló de otros tiempos, en los que morir o matar eran dos reversos de la misma moneda. Supe muchas cosas de ese quinteto de mujeres emprendedoras que habían pilotado aviones, se habían enamorado de guardias alemanes, habían teleografiado mensajes cifrados a los americanos y los ingleses para invertir el rumbo de la historia y, cuando sus destinos las habían separado, aguardaban la fecha de la Liberación para renovar esos votos de amistad.

Debía estar en el distrito veinte, uno de esos poco recomendados por el peligro. Desde la ventana no ubicaba ningún lugar conocido. Para no despertar al caballero, que roncaba tras una larga noche de cháchara, caminé de puntillas, con los zapatos en la mano y sin terminarme de vestir. Bajé las escaleras de madera que crujían escandalosamente y cuando alcancé la calle respiré profundamente. Tanto daba el autobús al que me subiera. No iba a llegar a la Oficina de correos a la hora en punto. Mi rutina había saltado por los aires en el mismo instante en que me hice cómplice del secreto que escondían cuatro letras impresas en un pedacito de cartulina con la imagen de una torre que, tras caer, derrumbó toda mi monotonía. Un poco más allá de mis paredes, de mi soledad, quedaban muchas historias por contar. De la de Marlene nada más dije.

Cuando un "Danke schön" (muchas gracias) llegó a mi buzón tras haber puesto en conocimiento el éxito de la misión, no me sorprendió en absoluto. La pulcra caligrafía de Veronyka no me resultó desconocida. Me invadió la emoción al tomar conciencia de que jamás volvería a ser partícipe de un hecho tan entrañable, salvo que en mi rutina creara espacio para la improvisación, como esa mañana de lunes en la que olvidé la libreta de horarios rígidos encima del mueble del recibidor.